

# RAZONES PARA ACEPTAR LA RESPONSABILIDAD DE SER RECTOR INTERINO DE LA UACM

PROF. DR. ENRIQUE DUSSEL  
PROF. EMÉRITO (UAM, MÉXICO)

SUPLEMENTO  
PALABRIJES  
EL PLACER DE LA LENGUA

CORRESPONDIENTE AL NÚMERO 09  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Fotografía: Joel Martínez



**EL** Consejo Universitario legítimo de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México me ha investido con la responsabilidad de ejercer el servicio de Rector Interino de la institución. Dicha responsabilidad no la interpreto como un privilegio, sino como un servicio en el sentido etimológico de la palabra: como la acción de un agente que toma a cargo una función en referencia al bien común y no con respecto a un bien meramente privado. Entregaré tiempo de mi vida para cumplir consensualmente una misión que se me ha encargado (es decir, “cargado sobre mis limitados hombros”), que consiste en preparar a la comunidad universitaria para que, estabilizada y unida, pueda lo más pronto posible normalizar su vida institucional, contando por ello con un Rector definitivo. Soy, entonces, un Rector interino, es más, itinerante, “de paso”. Vengo para irme, no para quedarme. Vengo en función del bien común conculcando proyectos personales de investigación y docencia a los que me reincorporaré de inmediato. Para mí, ser Rector interino es una nueva y mayor responsabilidad cuya fisonomía desearía bosquejar en cuatro simples tesis, expuestas de la manera más sencilla y clara posible.

**I**

La primera tesis podría enunciarse así:

*La universidad es una antiquísima institución constituida por una comunidad de maestros y discípulos, cuya fortaleza y eficacia se funda en la unidad del claustro, en el objetivo común y en una profunda solidaridad entre los mismos, en torno al amor y disciplina del saber, siendo la conciencia crítica y social de la sociedad histórica y política que la sostiene.*

La humanidad, desde su origen, tuvo siempre instituciones por medio de las cuales las generaciones responsables de la gestión de la sociedad prepararon a las nuevas generaciones para que pudieran reemplazarlos en su momento correspondiente. El *homo habilis* tiene algo más de 3 millones de años, el *homo sapiens* unos 150 mil, y la revolución neolítica unos 10 mil (cuando se originaron en la historia mundial las primeras ciudades), y desde entonces era necesario que las nuevas generaciones apropiaran el conocimiento que la sociedad había desarrollado durante milenios en pocos años de formación; era necesario que la juventud (esa nueva generación) tomara conocimiento de todo lo creado

institucional, científica e históricamente por la humanidad anterior, en pocos años de estudio sistemáticamente organizado, para poder hacerse cargo en cada presente de ese milenario pasado. Al terminar su formación educativa, el joven educado podría ir reemplazando a la antigua generación. La humanidad fue así institucionalizando los aparatos educativos.

Bernardino de Sahagún describe más de 300 profesiones en la cultura azteca, altamente desarrollada en esta ciudad de México-Tenochtitlan, anticipada en mil años por la clásica Tula tolteca, es decir, Teotihuacan, como nos enseña Enrique Florescano. En el Calmecac se formaban, como en una Universidad de la Ciudad de México, las nuevas generaciones nahuas hace más de medio milenio en esta ciudad central, en la historia del continente americano, junto a la gran Cuzco de los Incas del hemisferio sur.

Todas las culturas del mundo tuvieron grandes centros de formación: las escuelas de mandarines en el Imperio Chino, desde dos siglos antes de la Era común; las grandes comunidades hindúes junto al Ganges, que en el siglo VII d.C. llegaron a tener 30 mil estudiantes; las escuelas de sabios de Egipto, desde 3000 años a.C.; las de las comunidades

de los reinos semitas de la Mesopotamia en torno a Babilonia; las escuelas de “amantes de la sabiduría”, completamente interdisciplinarias, en Grecia o Roma; la gran universidad de Constantinopla, que fue modelo de las mastabas o escuelas de derecho, filosofía, ciencia empírica y comentarios coránicos, desde Samarkanda y Bagdad, hasta el Cairo y Fez en Marruecos, imitadas siglos después por las universidades latinas de Bolonia en el siglo XII, así como en París, Oxford, o Salamanca y Coimbra. Las primeras universidades en nuestro continente, al nivel de las europeas más prestigiadas, fueron las de México y Lima en el año 1553. Harvard, por ejemplo, fue fundada en 1636, un siglo después del primer centro universitario fundado en Santo Domingo en 1536.

Cuando en París hubo una huelga universitaria en el siglo XIII, en defensa de los fueros autónomos de la universidad, Abelardo, maestro universitario, continuó sus clases a las orillas del río Sena, y toda la universidad estaba presente: simplemente en la comunidad de maestro y discípulos, la esencia permanecía. Quiero con eso significar que la Universidad es una *comunidad* de maestros y discípulos, donde se cultivan diversas ramas del saber, que, como en un micromundo, debe existir un diálogo interdisciplinario en última instancia.

El sistema neocortical del cerebro es más cognitivo, pero si no existiera el entusiasmo, el amor del sistema límbico por el saber teórico, no habría ciencia porque, absolutamente desmotivado, a nadie le interesaría practicarla. El amor y el entusiasmo, la disciplina paciente y generosa, son ejercicios del sistema valorativo cerebral, que, como he señalado, los neurólogos indican bajo el nombre de sistema límbico. La teoría (neocortical) ilumina el camino, pero el amor al saber (límbico), mueve como el motor al agente humano. Sin la luz de la ciencia estamos ciegos, sin la fuerza del amor y el entusiasmo quedamos inertes, quietos, aburridos, impotentes.

Hay entonces ciencias, ciencias empírico-naturales y ciencias socio-históricas. Ambos tipos de ciencias tienen sus objetivos, sus métodos, su tipo de argumentación o verificación, su lenguaje. Son muy distintas. En la comunidad universitaria no es fácil conciliar

ambos lenguajes. La inconmensurabilidad aparente de los lenguajes dificulta frecuentemente la vida de la comunidad universitaria. No es sólo cuestión de personas, es cuestión de prácticas epistémicas, científicas. Un alumno puede argumentar desde las ciencias sociales, y una autoridad, por proceder de las ciencias empírico-naturales, puede tener dificultad en su comprensión. Y viceversa. La universidad puede transformarse así en una Babel de muchas lenguas. Es necesario establecer una convivencia lingüística que respete las diferencias y que intente la unidad de una comunidad científico-universitaria tolerante ante la diversidad de los discursos.

Queridos colegas y discípulos, tender los puentes ante lenguajes diversos, proyectos científicos diferenciados, posturas práctico-sociales divergentes, establecer la esencia comunitaria de la universidad, es nuestra tarea común en el momento presente de nuestra universidad, la UACM. Miles de centros, los más desarrollados de sus respectivas culturas —podríamos llamarles universidades— han debido afrontar crisis como la nuestra. Y sin embargo han sido resueltas. Creo que con inteligencia, amor por las ciencias y con conciencia de nuestra responsabilidad social, sabremos afrontar las contradicciones en las que estamos sumidos, insignificantes en relación a la crisis que vive la humanidad en el momento presente.

La UACM es un proyecto comunitario e interdisciplinario que debemos desarrollar. El rectorado debe interpretarse como una discreta institución al servicio interno de la comunidad.

## II

He sido un poco extenso en esta primera tesis. En la segunda seré más breve. Esta segunda tesis podría enunciarse así:

*El desarrollo de la ciencia sigue a la tecnología, y ésta al desarrollo del campo económico y político. No hay investigación científica sustentable en el largo plazo y articulada a la realidad empírica si no cuenta como fundamento con una comunidad nacional que haya intentado alcanzar la auto-determinación política.*

Augusto Salazar Bondy, un apreciado intelectual peruano muerto en su ju-

ventud, sostuvo que no era posible una ciencia auténtica en un país con una cultura dependiente. ¿Qué relación tiene la auto-determinación política de un pueblo y la investigación científica? Reflexionemos la pregunta por un instante.

Algunos, y muy afamados, epistemólogos (o teóricos de la ciencia) opinan que la ciencia es fruto de un deseo desinteresado por el saber en cuanto tal. La ciencia sería una tendencia a conocer lo que las cosas que nos rodean son en su estructura real. Los descubrimientos científicos, frutos de este amor incondicionado, serían posteriormente *aplicados* a la técnica, la que escogería en el acervo de los conocimientos producidos científicamente, aquellos que le permitirían hacer avanzar la invención tecnológica. Por su parte, la tecnología se *aplicaría* a los procesos económicos, permitiendo estos desarrollar la producción de bienes para la satisfacción de necesidades humanas. Las comunidades así estructuradas acumularían riqueza, “las de las naciones” —a decir de Adam Smith—, y de esta manera alcanzarían autonomía política. Serían países independientes.

Es decir, en primer lugar hay un desarrollo de los niveles más abstractos y fundamentales de la ciencia. En segundo lugar, estos descubrimientos teóricos se aplican a la tecnología. Y en tercer lugar, la tecnología se usa en los procesos productivos que culminan en la producción de mercancía que se derraman en el mercado económico y que producen la riqueza, aún política, de las naciones. Habría una primacía de las ciencias empírico-naturales (la física, la química, etc., y posteriormente la tecnología), que estudia los primeros momentos, sobre las ciencias sociales que estudian los posteriores (la economía, la política, la historia).

Un ejemplo de lo dicho fue la expansión moderno-europea desde finales del siglo XIV. Enclaustrada y sitiada por el Imperio Otomano, Europa (gracias a Portugal y España) debió lanzarse al Océano Atlántico para conectarse con los mercados del Asia. Esta expansión del mercado exigió el desarrollo de la tecnología naviera (la carabela se descubre en 1441). Es decir, el comercio exigió una revolución tecnológica, y ésta por su parte una revolución científica, ya que la navegación fue el estallido de

descubrimientos astronómico-matemáticos. Un Galileo Galilei en el comienzo del siglo XVII asume para Europa el heliocentrismo (descubrimiento teórico, conocimiento ya obtenido por árabes y chinos) pero después de un siglo de que Magallanes diera la primera vuelta empírica a la Tierra (después también que los Chinos) al comienzo del siglo XVI. Newton, igualmente, lanza la teoría científica a un gran desarrollo, un siglo y medio después que Colón llegó a América, creyendo estar siempre en el Asia.

Es decir, hay una cierta anticipación político-económica en estos procesos. Un país dependiente política y culturalmente, no puede fijar su plan económico autónomo; espera inversiones extranjeras, compra tecnología, paga *royalties*. Los tecnólogos y diseñadores no pueden inventar tecnología porque se adquiere ya desarrollada a las potencias tecnológicas dominantes. Sin creación tecnológica, la ciencia, las ciencias básicas y las sociales no tienen ninguna articulación con los procesos tecnológicos nacionales. Se logran patentes, pero éstas, o mueren en el archivo de patentes o son industrializadas por empresas extranjeras. Frecuentemente se investigan campos meramente abstractos. Ningún milagro es que los grandes científicos de ciencias básicas o aplicadas emigren a los centros económica, tecnológica y científicamente autónomos, y por ello creativos.

Sin autonomía política no hay desarrollo científico real, objetivo, nacional, a largo plazo, articulable a las necesidades perentorias de una comunidad nacional determinada. Pero es evidente que, igualmente, la ciencia debe integrarse a ese proceso de autodeterminación e independencia nacional, sin la cual ésta tampoco es posible, y este es el objeto de las universidades.

Nuestra universidad debería entonces, por ello, cultivar la interdisciplina y el respeto a las ciencias empírico-naturales y sociales para cumplir con los fines de una equilibrada universidad pública.

### III

La tercera tesis podría definirse de la siguiente manera:

*La universidad, como lugar de la investigación científica, cumple con la docencia una responsabilidad esencial para la ciencia: la formación de una comunidad científica creativa en el largo plazo.*

Algunos opinan que la investigación es lo esencial y la docencia una especie de actividad secundaria, de extensión, de popularización o, aún más seriamente, de formación de profesionales que practicarán empíricamente lo enseñado teóricamente. Nuevamente pensamos que la cuestión es muy diversa.

A comienzos del siglo XIX los hermanos von Humboldt reformaron la Universidad de Berlín. Esta reforma moderna se extendió a París, a Oxford y hasta Harvard. Sirvió como nuevo modelo de universidad. ¿En qué consistió esencialmente esa reforma de la que todavía dependemos? En algo muy simple.

La investigación científica o la creación teórica europea desde el Renacimiento, desde Nicolás de Cusa, hasta Galileo, Leibniz y tantos otros, no se desarrollaba en las universidades. Las universidades eran algo así como el reducto de profesores que se dedicaban a la docencia de doctrinas sabidas (en buena parte escolásticas, aunque modernas, no ya medievales), pero sin investigación. Berlín inaugura la exigencia de que los docentes sean investigadores, creadores de conocimiento, no meramente divulgadores de los conocimientos ya producidos. Sin embargo, algunos pudieron pensar que la docencia simplemente consistiría en dar a conocer a los alumnos el conocimiento nuevamente creado, para que ellos, recordándolos, pudieran usarlos, manipularlos, aplicarlos. La enseñanza memorativa no disminuye la anemia creativa del alumno, enseñanza que, simbólicamente, el gran pedagogo Paulo Freire denomina “enseñanza bancaria”.

La docencia no tiene sólo como finalidad transmitir meramente conocimiento, sino, esencialmente, ofrecer al novel ser humano pleno de entusiasmo el poder ser miembro de una comunidad de creación de conocimiento.

El investigador y maestro es el que necesita crear una comunidad científica, de investigadores, de creación de conocimiento, en la que al final el mismo maestro-investigador es un miembro más,

sin otra prerrogativa que el tener más conciencia crítico-creativa e información del estado de las cuestiones más cruciales que sus noveles participantes. Todos sus discípulos son potenciales miembros de la comunidad de comunicación científica. Charles Peirce, hijo de un profesor, docente de la Universidad de Harvard, e iniciador del pragmatismo filosófico (única escuela filosófica de origen y desarrollo norteamericano), indicaba que el descubrimiento científico exige una comunidad científica y generaciones de miembros que van accediendo a la realidad objetiva pero que, como líneas asintóticas, nunca se tocan: la verdad nunca se identifica con la realidad misma. Thomas Kuhn mostró la exigencia de la comunidad, el tiempo y las revoluciones científicas como condiciones de la creación de conocimiento científico.

El maestro que no sólo investiga sino que enseña a investigar, que no sólo crea nuevo conocimiento, sino que enseña a crear nuevo conocimiento, es por la docencia que integra a los jóvenes discípulos no a la repetición memorativa de lo ya descubierto, sino al entusiasmo metódico que intenta crear nuevo conocimiento.

De esta manera es necesario afirmar a la docencia, la verdadera docencia, como condición de posibilidad de la comunidad científica, y a esta comunidad como la condición de posibilidad en el largo plazo de la continuidad de la invención de nuevo conocimiento como fruto de la investigación en todas las disciplinas y en las interdisciplinas del saber. El investigador que cree perder tiempo en la docencia no ha comprendido que la investigación es una tarea comunitaria a largo plazo, y la comunidad la crea la docencia.

Debemos incrementar, entonces, en la UACM, la investigación articulada a la docencia, y viceversa.

### IV

La cuarta y última tesis deseo enunciarla, para cerrar el círculo, como sigue:

*Dada la profunda corrupción de la sociedad actual, nacional e internacional (corrupción por robo, violencia, cinismo, mentira, dominación de los débiles), es necesario formar a nuestros nuevos científicos y profesionales, los*

*graduados de todas las carreras de nuestra universidad, con principios éticos y con responsabilidad social que les permitan cumplir con la responsabilidad de su función específica en la comunidad para lograr la emancipación política del país donde la vida y la historia les llaman a cumplir su contribución cotidiana, cuyo límite lo fija sólo la propia generosidad en el servicio por el otro, por el desprotegido, por el excluido.*

Charles Peirce, el intelectual ya nombrado, escribía que aún la comunidad científica necesitaba una ética fundamental que justifique y permita el descubrimiento de la verdad y el logro del consenso científico en el largo plazo. Explicaba la cuestión proponiendo, entre otros aspectos, el argumento, por otra parte desarrollado por Karl-Otto Apel (con el que sostuve un largo debate por casi diez años), de que es condición de posibilidad de toda comunidad científica, como comunidad argumentativa (ya que el científico debe demostrar la validez del nuevo descubrimiento desde una teoría con pretensión de verdad), el hecho de aceptar la igualdad —de hecho y derecho— de todos los miembros de la comunidad. Es decir, si algunos de los miembros intentara refutar el argumento de otro miembro (aunque el refutado sea el jefe del grupo o el que encuentra los recursos para la investigación), todos deben aceptar sólo la fuerza demostrativa o veritativa del nuevo argumento, sea quien fuere la persona, y sea cual fuere su posición de poder en la comunidad en la que lo profiere. No puede el maestro callar al discípulo usando su autoridad magisterial. Debe, en simetría o igualdad, mostrar sólo por la fuerza de su argumento la validez o no, la falsedad o no, del enunciado de su oponente. El otorgar a todos los miembros de la comunidad científica los mismos derechos de intervención, el situarse todos en simetría, es una actitud ética previa a la argumentación como tal (pero presupuesta trascendentalmente por el hecho mismo de pretender argumentar ante el que entra en el proceso argumentativo). Esta afirmación de igualdad es un principio de justicia que hace posible a la ciencia como tal, y a su avance.

El que generosamente comparte con los otros miembros de la comunidad un nuevo descubrimiento que ha alcanza-

do, que ha sido posible desde el consenso válido y veritativo previo conseguido por el trabajo de creación de conocimiento de todos los otros miembros de la comunidad, a cuyo acervo le agrega algo nuevo, se opone al egoísmo del que se guarda celosamente su propio descubrimiento sin compartirlo por el motivo que fuere. Si cada miembro actuara de la misma manera narcisista, no podría haber construcción mutua de ningún descubrimiento científico. Esa generosidad comunicativa es una actitud ética.

Charles Peirce llamaba al conjunto de estas actitudes el “socialismo ético” o la ética necesaria, que es una condición de posibilidad para el ejercicio comunitario en el tiempo de la larga duración del sucesivo descubrimiento de la verdad que alcanza validez intersubjetiva.

Pero, además, la ética describe igualmente las vinculaciones del ejercicio concreto por parte de un sujeto de su vocación científica o profesional en relación a la sociedad en su conjunto. Tanto la universidad, por sus recursos y finalidad, como el investigador, por el efecto de sus descubrimientos, y el profesional, al insertarse en las actividades más complejas del todo de la estructura de la sociedad, tienen responsabilidades que cumplir. Cada egresado de la universidad no es un ente solitario e individual que se fija proyectos egoístas de realización personal y de ascenso económico-social. Antes que todo esto, involucrándolo y subsumiéndolo, es un miembro de la sociedad al que le debe su formación, su educación, su especialización, por su origen. Y por ello sus acciones futuras cumplen una función social, sobre todo cuando se es egresado de una universidad pública y prácticamente gratuita. Gratuita para el alumno pero no para el pueblo que da los recursos que le han costado tantos sufrimientos, sobre todo a los más pobres. Ser un investigador o un profesional exige meditar y adquirir una conciencia ética responsable que sepa confrontar un medio social y cultural altamente individualista y conformado desde la ética destructiva de la mera competencia. Con esa ética no puede superarse la corrupción imperante, ni tampoco transformar el sistema económico en crisis, que aunque está en crisis no tiene ningún propósito de aprender nada, ni de transformar

profundamente ningún momento del mismo sistema.

Por ello pienso que sería conveniente organizar en la UACM un programa para el dictado de una disciplina que tratara de la ética y la responsabilidad del profesional, donde se estudie la responsabilidad del universitario en la sociedad, y esto en todas las carreras de nuestra universidad, donde de manera razonada, motivante y bien diferenciada, pudiera darse a los alumnos un tiempo para estudiar e investigar la responsabilidad ético-profesional que les compete como investigadores, científicos y profesionales responsables, en una época de profunda crisis de todos los valores.

Creo que estas son algunas razones para emprender el camino de servicio a la Universidad, el de un rectorado interino que intentará integrarse a las actividades de comunidad en la UACM.

Por último, quiero reiterar mi espíritu de servicio, a fin de que los miembros de la comunidad que han asumido posturas antagónicas sepamos conculcar nuestros intereses particulares por el bien común de la institución. Por mi parte, me brindaré en esta función con un espíritu universitario-comunitario concibiendo la rectoría, lo repito, como un puente, como un momento de responsabilidad para alcanzar el consenso racional de las diversas posturas, superando heridas inevitables que los enfrentamientos han producido, y que atribuyo a convicciones justificables y no a meros impulsos disolventes.

Queridos amigos, colegas maestros, estudiantes y discípulos, empleados y trabajadores, unamos nuestras voluntades y digamos de corazón:

**¡VIVA  
LA UNIVERSIDAD  
AUTÓNOMA  
DE LA  
CIUDAD DE MÉXICO!**

**¡VIVA LA UACM!**